

# GASTRONOMÍA

“Am I forced to have any regret?  
I’ve become the lie, beautiful and free  
In my righteous own mind  
I adore and preach the insanity you gave to me”  
*“Only for the weak” (In Flames)*

## 1.

–El cocodrilo sabe más a pescado –había dicho él la noche anterior, limpiándose distraído una uña, arrastrando suavemente su perfecta voz de gilipollas, adoptando la pose más intelectual que las sábanas manchadas permitían–. El caimán sabe más fuerte...

Angelina lo había mirado con admiración y con odio sin saber que Lou no había probado en su vida un reptil, que simplemente repetía lo que había escuchado la noche anterior en la radio del coche cuando iba a buscar a Pierre, tras haber cumplido fugazmente con ella. Pero claro, ella no sabía nada de eso, ella estaba tumbada al lado de su perfecto novio, transformada en una silenciosa y derrotada mancha de penumbra, sudor y aquel olor íntimo y visceral, tratando de convencerse de que él había estado tan genial como siempre debía estar, recordando confusa las palabras de su amiga Pam sobre lo divertido que era el sexo y esperando a que Lou terminase de fanfarronear y se largara para poder pasarse horas y horas olvidada en la bañera.

Lou era así. Su vida transcurría a dos niveles. Primero el miserable o real: era en el que vivía, siendo un perfecto imbécil, un matón afortunado, un patán de incógnito con pistola, un perfecto candidato para una bala perdida, porque todos creían que había en él más de lo que había (tal vez fuese consecuencia de tanta televisión, alguien con tan buena planta por fuerza tiene que ser listo, afortunado, temible, adorable, un tigre en la cama etcétera etcétera). En ese nivel su vida era la basura que merecía. Pero para corregir eso disponía del segundo nivel, el genial o ficticio: el de la memoria. Lou vivía los acontecimientos y luego, antes de meterlos en el cajón del pasado, algún escondido engranaje de su mente los daba veinte capas de barniz embellecedor, de tal forma que la noche que Lou presumía de comilón extravagante casi se estaba convenciendo a sí mismo de la veracidad de lo que decía, confundiendo fantasías con recuerdos inexistentes.

Y Angelina era así, también, porque no tenía otro remedio. Las apariencias habían dominado siempre su vida, que transcurría tras una sonrisa de la consistencia del hormigón. De pequeña, al salir al parque a jugar con sus amigas, había sonreído para que ellas no se enterasen de que su padre le daba unas palizas brutales a su madre. Años más tarde había sonreído triste e incrédula cuando su padre musitaba “resbaló, bajando las escaleras... resbaló”, en el funeral. Había sonreído cuando su antiguo novio entró en coma por una paliza de Lou y otros secuaces de Don Pedro. Había sonreído a su primer jefe cuando se abalanzaba sobre ella sediento de sexo, arrancándola salvaje el uniforme del supermercado.

Había sonreído cuando supo que su hermano había muerto en un motel miserable tras cortarse las venas con un trozo del espejo que acababa de romper, junto a una nota que sólo fue capaz de decir “qué coño importa”. Había sonreído a aquellos soldados borrachos, aquella noche en aquel callejón, mientras ellos turnaban sobre el cuerpo semidesnudo de ella sus jadeos apestosos. Sonreía cuando quedaba con sus teóricas amigas para, tras la taza de café de rigor, contarlas tras en un sublime esfuerzo de interpretación lo genial que era su vida, igual que sonreía cuando frente a una comprensiva Pam inventaba las hazañas de Lou en la cama.

Pero aquella noche algo denso y amargo se había terminado de romper tras aquella sonrisa blindada. Tal vez fue porque el día anterior hubiese encontrado unas bragas rojas de Pam en el bolsillo de la chaqueta de Lou, tal vez fuese porque las costumbres sexuales de su jefe habían dado un súbito giro de 180 grados, tal vez fuese simplemente que su padre la había pegado esa mañana por primera vez confundiendo su nombre con el de su madre muerta. El caso es que decidió que le prepararía a Lou un asado sorprendente incluso para alguien como él.

## 2.

La noche siguiente, tras el polvo más corto de su triste vida sexual, Lou pasó a buscar a Pierre y luego detuvieron el coche junto a la ruinosa tapia del cementerio. Con el motor apagado se concedieron unos minutos para aligerar una petaca de bourbon y revisar los cargadores de las pistolas. Lo habían visto por la tele, miles de veces, y les venía muy bien para la autoestima. Era lo que les distinguía de la masa, lo que les hacía superiores: eran mafiosos, llevaban pistolas, bebían bourbon escuchando a The Doors antes de ajustarle cuentas a alguien, echaban polvos increíbles con mujeres increíbles que siempre sonreían.

Salieron del coche con las pistolas al cinto, cruzando la oscuridad como lo harían Vincent Vega y Marcellus Wallace en *Pulp Fiction*, actuando para ese público imaginario y leal que llevaban siempre dentro, sintiendo la tenue música de la noche y el bourbon. Cogieron sendas palas y una cámara fotográfica del maletero, entraron en el cementerio, buscaron la tumba de Mark Heiss, apartaron la lápida y comenzaron a cavar la tierra aún blanda, agradeciendo la oscuridad que permitía fingir que no se manchaban sus immaculados trajes de gangsters. Y cuando llegaron al ataúd lo despejaron como pudieron, sacaron las pistolas y lo miraron, fríamente, como miraba Clint Eastwood en aquellas películas del oeste.

–Nadie se escapa –dijo él, con su voz más nocturna, a los pies del ataúd–. Nadie, ¿eh? –. Estuvo un tiempo pensando una frase digna que decir después, pero claro, no se le ocurrió nada. Así que tras un incómodo silencio y ante la urgencia que daba el pensar en el próximo desvanecimiento de los efectos del bourbon levantaron las pistolas y dispararon contra la sucia madera hasta vaciar los cargadores.

### 3.

Otro perfecto imbécil: Así podríamos resumir la vida de Mark Heiss. Triunfador sin metas, la fortuna siempre había sido radical con él, fuese a favor o en contra. A favor había ido casi toda su vida y por eso tenía aquel coche, de vez en cuando hacía el amor sin pagar y nadie encontraba la marihuana que tenía plantada en un parque público. Y en contra fue, sobre todo, aquel último día de su insulsa vida.

Conducía su Grand Cherokee con una lata de cerveza fresquita en la mano, el viento soplaba alegremente y en la radio estaban poniendo una hermosa y pegadiza canción de Billy Rock Andrews and the Deep Cowboys Band, un grupo country desconocido que pretendía dejar de serlo. Mark saboreaba la felicidad. Y de pronto la lata de cerveza cayó, la cerveza fría y deliciosa se esparcía por el suelo del coche. Soltando un bufido y una referencia poco amable a Jesucristo se abalanzó hacia abajo tratando de rescatar la mayor cantidad de líquido posible. Sus dedos rozaron la lata, pero esta saltó a un lado cuando los lustrosos y enormes neumáticos Goodyear treparon bruscamente sobre la acera. Tanteando un poco más lejos palpó el metal frío y asió la lata fugitiva con un grito de alegría. Levantó la cabeza justo a tiempo para ver que el coche se dirigía por la acera hacia un perro, uno de esos asquerosos y ridículos perros enanos que no hacen más que ladrar y dar lástima. Dio un volantazo, salpicándolo todo de cerveza, y esquivando al perro le pasó por encima al niño.

### 4.

El niño se llamaba Ronnie, y no era un mal chico, según su madre. Las madres tienden a ser indulgentes y terriblemente subjetivas con sus hijos, tal vez por un comprensible impulso genético. Su padre estaba orgulloso de él, porque el niño estaba saliéndole muy precoz. Ya era toda una referencia en el tráfico local de pornografía infantil, pasaba cocaína en su colegio, organizaba palizas a los profesores que lo suspendían, había matado con sus manos a siete gatos, había violado a dos compañeras de clase.

Aquella triste mañana en que el Grand Cherokee de Mark Heiss lo pasó por encima Ronnie estaba espiando la casa de su maestra de literatura, meditando el precio que le habían dado los marineros que había conocido dos noches antes. Habían prometido salvajismo. Un callejón oscuro, una botella de whisky vacía, algo de sexo, unos cuantos navajazos y otro crimen sin resolver para la policía local, a un precio no demasiado elevado.

El perro lo descubrió acechando tras aquel arbusto y comenzó a ladrar, frenético y estúpido. Ronnie sonrió, feliz de poder patear algo vivo. Salió del seto y se detuvo, porque aquel enorme todo terreno había saltado desbocado sobre la acera y se dirigía, sin nadie al volante, directo hacia el perro. Ronnie amplió su sonrisa y se preparó para ver algo realmente divertido.

El padre del chico era Peter Oxtorn. Alias Don Pedro.

## 5.

El hombre de confianza de las mafias del juego, el capo local, aquel a quien la policía jamás pondría una multa, ese era Peter Oxtorn. Se ganó el mote de Don Pedro en Colombia, donde estuvo haciéndose rico. Luego fue recorriendo todo el país, alquilándose como asesino a sueldo. Después, tras una mala noche de cocaína, alcohol y pastillas tuvo una visión en la que unos gatos negros mordisqueaban golosos su cadáver en un muelle frío y húmedo y decidió que era hora de colgar las espuelas. Buscó una ciudad pequeña, recordó un par de favores que le debían y se hizo el dueño de la zona. Era invencible en la ciudad. Su ciudad.

Ante los restos del cuerpo sin vida de su único hijo juró venganza, juró matar a aquel hijoputa lentamente tras agrandarle el agujero del culo hasta el doble de la resistencia humana a base de patadas, bolas de billar y taladros incandescentes. Había dos policías, a dos metros de él, cuando lo dijo. No lo escucharon. Pierre y Lou estaban bastante más lejos, y sí lo oyeron. Asintieron y salieron a buscar a Mark Heiss, colocándose las gafas de sol sobre sus perfectamente estudiadas máscaras de malos.

## 6.

Aunque fuese un perfecto imbécil y siempre lo hubiese sido, Mark Heiss tenía su corazoncito y un complejo sistema de remordimientos, inculcados por las palizas que de pequeño le propinaba su tío Henry, cura alcohólico que luego moriría de una sobredosis de heroína dejando pendiente para la justicia un juicio por un supuesto abuso sexual.

Después de hincharse a llorar y repetir quince mil veces “oh, Jesús, ¿qué he hecho?”, y tras dar cuenta de las dos botellas del peor whisky que encontró en el mueble bar, se arrastró tambaleante por la habitación, colocó una silla bajo la lámpara –único recuerdo de su difunta madre que conservaba, porque no había conseguido venderla–, se quitó el cinto, trató de hacer un nudo, se lo colocó al cuello, trepó a la silla y tambaleante trató de enganchar el otro extremo del cinturón a la lámpara. Por una duda ética sobre la verticalidad se desplazó súbitamente a la izquierda, la silla huyó hacia el otro lado bajo él y se encontró columpiándose de la hermosa lámpara, asido a ella con las dos manos y con el cinto de corbata. Algo cedió con un quejido roto y en medio de una nube de yeso Mark cayó al suelo, rompiéndose dos vértebras y produciéndose un profundo corte en la espalda con los restos aplastados de las botellas vacías, y descubriendo asombrado que en realidad no quería suicidarse.

Comprobó entonces que estaba paralizado del cuello para abajo, que tenía además rotas un par de costillas y que no podía gritar. Tardó unas cuatro largas horas en morir desangrado, tiempo de sobra para meditar sobre el intenso dolor y su triste y concluyente vida. Quince minutos después su vecina Pam entró en su casa a pedirle que le devolviese de una puta vez la batidora o su novio le rompería los morros. Los de la ambulancia y los del

hospital pasaron un rato dándole descargas eléctricas, metiéndole sangre a chorros y gritándose los unos a los otros, tal vez porque aquel día tenían poco que hacer. Luego se cansaron y reconocieron a regañadientes que estaba muerto.

## 7.

Pam se lo contó a su novio Pierre y a su amante Lou cuando fueron a buscar al imbécil de Mark y se encontraron la cintita amarilla de la policía envolviendo la casa como si fuese una enorme y aterradora tarta de cumpleaños. Los dos matones se miraron, confundidos y asustados. Don Pedro quería joder a aquel tipo, y si no podía hacerlo les iba a joder a ellos. Porque uno no se hace dueño de una puta ciudad siendo comprensivo y escuchando a la gente.

Los dos ven mucha televisión. A lo mejor eso vuelve loca a la gente. El caso es que tras despedirse de Pam (Pierre diciendo que se pasaría aquella noche a buscarla, Lou escuchando para poder ir después) los dos fueron con el coche hasta el puerto a pensar que hacer, y de pronto se miraron, en silencio, y sus ojos brillaron en la idea compartida.

–¿Estás pensando lo mismo que yo? –dijeron. También es una frase que escuchan mucho por la tele.

## 8.

A Angeline todo el mundo la llama Angie menos dos personas: Lou, que la llama siempre Angeline, con su cuidado acento mafioso, y su jefe, que de cara al público la llama señorita Higgs y en la intimidad de su despacho Sucia Puta De Mierda. Los dos la obligan a refugiarse tras su sonrisa blindada, los dos son odiados, pero ella sólo cocina para Lou. Lou, el que ha comido de todo, hasta cerebros de monos –algo que vio hacer a Indiana Jones–, gusanos –lo hacen en el sur de Asia, sospecha– y toda clase de insectos, hierbajos y demás guarrerías. Y ella sonríe feliz porque por una vez él va a tener que tragarse toda esa suficiencia y toda esa supuesta experiencia vital para admitir que no, que jamás había probado ese plato. Tras toda una noche en vela ha pasado el día entre el cobertizo de detrás de la casa y la cocina. Su padre, borracho, ha cerrado pronto de la funeraria y la ha arreado un botellazo antes de irse al bar, gritando algo como que cuando volviese pensaba matarla a palos, confundido de nuevo entre el nombre de Angeline y el de su difunta madre. Pero ahora no está y tras todo el día ella tiene listo el estofado, y le brilla la mirada y su sonrisa tiene un sabor extraño y dulce. Tal vez porque lleva muchos años sin sonreír de puro placer.

## 9.

Don Pedro les había sonreído aceptablemente satisfecho, cuando ellos le contaron todo lo que pasó en el cementerio hasta la parte en que abrieron el ataúd. Mostraron un par de fotos oscuras en las que no se veía nada, dijeron que luego habían vuelto a apilar la tierra y a colocar la lápida, e intercambiaron una mirada nerviosa.

Luego Lou había llevado a Pierre a casa de Pam. Tras aparcar el coche y compartir unos cigarros y una petaca de tequila los dos acordaron mantener aquello siempre en secreto, total, nadie iba a creerles si iban por ahí diciendo que en el ataúd del imbécil de Mark Heiss sólo había un saco de piedras. Terminaron los cigarros en silencio y luego Pierre se bajó del coche, silencioso, y Lou puso en marcha el motor y se encaminó hacia la casa de Angeline.

En realidad, se dijo, daba igual dónde coño estuviese el puto cadáver. Tal vez el viejo de Angeline lo hubiese sacado para algún perverso juego sexual o se lo hubiese comido, total, él trabajaba en la funeraria, vivía junto a ella. Se echó a reír, divertido por aquel pensamiento, pero lo consideró demasiado retorcido para adaptarlo a su vida ficticia y lo descartó meneando la cabeza con una mueca de asco. E intentando pensar en otra cosa se preguntó intrigado de qué sería el estofado que Angeline le había preparado para cenar, algo que según ella él jamás habría probado, cosa que naturalmente él pensaba negar.

Al menos iba con esa intención.

Iba con esa intención.

David Ruiz Ruiz, 2 de septiembre de 2000